



Franc Cortada Andersin

EcoAgua entrevistó a uno de los más importantes líderes humanitarios europeos, quien desde la organización OXFAM realiza una incansable labor construyendo —como buen ingeniero de caminos— un sendero esperanzador contra la pobreza y el irrespeto a los derechos humanos, por la justicia social, la dignidad humana, el amor por los animales, el respeto a la naturaleza, la solidaridad entre los pueblos y por la paz en el planeta.





—EcoAgua: Franc Cortada Hindersin, director general de Oxfam Intermón desde hace 8 años. Para nuestros lectores de América Latina, ¿qué es Oxfam y por qué es importante su labor en el planeta?

—Franc Cortada: Oxfam es un movimiento global de personas y organizaciones que trabajamos para acabar con la pobreza y la desigualdad. Estamos presentes en más de 80 países y tenemos una enorme capacidad de impacto, pero nunca la hacemos solos. Trabajamos con miles de organizaciones locales, y para mí, eso es fundamental. Las organizaciones internacionales tenemos que apoyar y complementar capacidades, pero sin ocupar un liderazgo que no nos corresponde.

Pero para mí hay algo especialmente importante: no nos limitamos a atender las consecuencias de la pobreza o de las crisis. Intentamos entender y cambiar las causas que las generan.

El Secretariado Internacional de Oxfam International se encuentra en Nairobi, Kenia. Originalmente, la organización fue fundada en Oxford (Reino Unido) en 1942, pero trasladó su sede principal a África, para estar más cerca del Sur global y de las zonas donde desarrolla gran parte de su labor humanitaria.

No podemos aceptar que en pleno siglo XXI haya personas sin agua potable mientras otras acumulan fortunas inimaginables; que haya recursos prácticamente ilimitados para alimentar

guerras y, sin embargo, falte financiación para sostener la vida. Eso significa estar al lado de las personas cuando necesitan ayuda urgente, pero también denunciar las injusticias, cuestionar las reglas que las perpetúan y proponer alternativas. Trabajamos para que las personas tengan acceso a derechos, oportunidades y medios de vida, pero también para cambiar leyes, sistemas fiscales, relaciones de poder o modelos económicos que generan desigualdad. Porque no basta con aliviar el sufrimiento si no somos capaces de cambiar aquello que lo provoca.

—E.: Eres ingeniero de caminos, pero creo que de caminos hacia un mundo mejor, justo, solidario, verdaderamente humano y respetuoso con la naturaleza. ¿Quién es Franc Cortada, cuáles son sus sueños y cuáles sus demonios internos y externos?

—F.C.: Lo de los caminos hacia un mundo mejor suena bien... (Ríe). Si buscáis mi trayectoria profesional, encontraréis que soy ingeniero de caminos y que llevo prácticamente 30 años trabajando en el sector social. Pero seguramente lo que mejor me define es que soy una persona inquieta, curiosa y a la que le cuesta mucho aceptar las injusticias. **Mi propia experiencia como persona gay, haber vivido discriminación, insultos o situaciones en las que otros pretendían decidir sobre mis derechos, marcó profundamente mi manera de entender el mundo.** Después vinieron los Balcanes, Argentina, Bolivia, Senegal, El Salvador, Siria, Irak y decenas de países más. He tenido el privilegio enorme de conocer a personas extraordinarias que me han enseñado que, incluso en los contextos más difíciles, las personas tienen una enorme capacidad para resistir y transformar.



¿Mis demonios? (piensa) La injusticia, la impunidad y la indiferencia.

Me cuesta aceptar un mundo en el que sabemos lo que está ocurriendo y, aun así, decidimos mirar hacia otro lado: el genocidio en Gaza, la emergencia climática, el auge de los autoritarismos o los niveles de desigualdad obscena que hemos naturalizado. Pero **mi sueño sigue siendo bastante sencillo: contribuir a que nadie tenga que elegir entre sobrevivir y vivir con dignidad.** Y estoy convencido de que es posible. No podemos elegir la época que nos toca vivir, pero sí cómo respondemos.



—E.: Bregar por un nuevo orden social global es una tarea harto difícil por la complejidad de la geopolítica, los grupos de poder, el irrespeto de los derechos humanos y el maltrato a la naturaleza. ¿Qué podría hacer posible que la humanidad detenga esa autodestrucción colectiva y tenga un futuro más prometedor?

—F.C.: Lo primero es reconocer que no estamos ante una suma de problemas aislados. Desigualdad, cambio climático, conflictos, migraciones, deterioro democrático o crisis alimentarias forman parte de un mismo sistema. **Debemos atrevernos a cuestionar un modelo económico que durante demasiado tiempo ha puesto la acumulación de riqueza por encima de las personas y del planeta.** No podemos seguir aceptando que el 1% concentre una parte desproporcionada de la riqueza mundial mientras miles de millones de personas viven con enormes dificultades para cubrir sus necesidades

más básicas. **Necesitamos redistribuir poder, riqueza y oportunidades,** reforzar los sistemas públicos, garantizar derechos y transformar radicalmente nuestra relación con el planeta.

Y hay algo más: necesitamos recuperar la capacidad de actuar colectivamente. Hoy parece que la ley del más fuerte está sustituyendo al derecho y que la impunidad se está convirtiendo en norma. Pero yo he visto otra realidad en muchísimos lugares: comunidades indígenas defendiendo sus territorios, mujeres organizándose para proteger a otras mujeres, jóvenes reclamando democracia, trabajadores defendiendo sus derechos, movimientos vecinales luchando por la vivienda digna. El futuro no está escrito. **La pregunta no es si podemos cambiar el mundo, sino qué estamos dispuestos a hacer para cambiarlo.**

—E.: Las acciones antropogénicas irresponsables desde hace más de tres siglos debido a un sistema capitalista egoísta y depredador desde el punto de vista social, económico y medioambiental, ¿qué opinión te merece?

—F.C.: Necesitamos cambiar de rumbo. El modelo económico actual está diseñado para generar crecimiento y acumulación de riqueza, tratando como infinitos unos recursos naturales que sabemos que son finitos y alimentándose de la opresión, la discriminación y la negación de derechos para funcionar.

No creo que podamos enfrentar las grandes crisis del siglo XXI con las mismas reglas que nos han traído hasta aquí. Necesitamos otro modelo, mucho más orientado a distribuir bienestar, garantizar derechos y respetar los límites del planeta. No podemos seguir midiendo el progreso únicamente por cuánto producimos o cuánto consumimos. **El verdadero progreso debería medirse por cuántas personas pueden vivir dignamente, cuánto reducimos las desigualdades y qué planeta dejamos a las generaciones que vienen.**

Y hay motivos para la esperanza. América Latina ha sido escenario de movimientos sociales extraordinariamente importantes

que han demostrado que las cosas pueden cambiar: movimientos indígenas, feministas, campesinos, ambientales o de defensa de los derechos humanos. El cambio nunca ha venido desde arriba: ha empezado cuando personas que sufrían una injusticia decidieron organizarse y decir basta. **Necesitamos instituciones más valientes, gobiernos más responsables y, sobre todo, ciudadanía organizada** que no dé por inevitable aquello que puede cambiar.



—E.: Eres uno de los más destacados líderes humanitarios del presente siglo, activando socialmente a través de Oxfam programas de desarrollo, campañas de influencia y atención a crisis humanitarias en decenas de países. ¿Cómo es posible tan inmensa y loable acción, y qué retos y desafíos enfrentan? ¿Qué situación en el mundo te ha conmovido más al estar *in situ*?

—F.C.: Yo no hablaría de esta trayectoria en términos individuales. Oxfam es un enorme trabajo colectivo de miles de personas, organizaciones locales, comunidades y millones de ciudadanos que nos apoyan. A lo largo de estos años he podido conocer nuestro trabajo directamente en más de 70 países y cinco continentes: desde los Balcanes o Senegal hasta Siria, Irak, Somalia, Centroamérica o, más recientemente, los campos de refugiados sudaneses en el este de Chad. Y cada emergencia tiene sus particularidades, pero hay algo que se repite: las necesidades siempre crecen más rápido que los recursos. Hoy más de 300

millones de personas necesitan asistencia humanitaria, mientras la financiación internacional se queda muy por debajo de lo necesario. Además, trabajar en primera línea es cada vez más peligroso: los trabajadores humanitarios están siendo atacados y asesinados en contextos donde deberían estar protegidos.

Me resulta muy difícil escoger una sola experiencia. Recuerdo los bombardeos de Mosul y a miles de personas huyendo sin nada; Siria y la reconstrucción del sistema de agua de Aleppo; y, más recientemente, los campos de Farchana y Allacha, en Chad, donde han llegado cientos de miles de personas que huyen de la guerra de Sudán. Pero allí descubrí algo que me sigue impresionando: no solo la dureza de las condiciones, sino la capacidad de las personas para reconstruir cierta normalidad. Escuelas improvisadas, mercados, redes comunitarias, grupos de mujeres organizándose. A menudo hablamos de las personas refugiadas únicamente desde su vulnerabilidad. Yo allí encontré, sobre todo, dignidad, capacidad de organización y una resistencia inmensa.



—E.: ¿Qué pensaste cuando en 2023 recibiste la Medalla Ildelfons Cerdà, de parte del Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos de Cataluña, que honra tu trayectoria personal y tus acciones en la defensa de los derechos humanos y la gestión de crisis humanitarias complejas a nivel global?

—F.C.: Me emocionó mucho porque venía precisamente del mundo del que yo procedo: la ingeniería. Cuando estudié Ingeniería de Caminos no imaginé que acabaría dedicando prácticamente toda mi vida profesional a la justicia social. Con los años he comprobado, una y otra vez, que la ingeniería también es una herramienta para

defender derechos. Un sistema de agua, un saneamiento adecuado, una infraestructura segura o una solución energética sostenible no son únicamente obras: significan salud, dignidad, oportunidades y, en muchos contextos, salvar vidas.

eso recibí la medalla con mucha gratitud, pero también como un reconocimiento a todas las personas que hacen posible ese trabajo: a los equipos que trabajan en lugares donde hacerlo implica asumir riesgos enormes y, especialmente, a las comunidades con las que trabajamos. Si algo he aprendido en estos años es que la mejor ingeniería no es la más sofisticada, sino aquella que resuelve problemas reales, es sostenible y pone a las personas en el centro.



—E.: Al asumir la dirección de Oxfam, dijiste que eres un convencido de que el cambio es posible y un mundo mejor es alcanzable. ¿Cómo transmitir ese optimismo y esperanza a los jóvenes de hoy?

—F.C.: No creo que necesitemos hablarles desde un optimismo ingenuo. Creo que hay que hablarles con honestidad sobre la gravedad de los problemas que tenemos delante. El cambio climático, las guerras, la desigualdad, el avance de los autoritarismos... Todo eso es real. Pero también es real que las sociedades cambian y que muchos de los derechos que hoy consideramos básicos fueron conquistados por personas que decidieron que determinadas injusticias eran inaceptables y se organizaron para transformarlas. En muchos casos, en su momento, parecía que estaban luchando contra lo imposible.

Pero también hay motivos para la esperanza: muchos jóvenes ya se organizan, se movilizan y participan para cambiar las cosas. Yo he tenido la suerte de conocer a muchos jóvenes que me han enseñado precisamente eso: activistas climáticos en Burkina Faso o Filipinas, jóvenes LGTBQ+ en África, estudiantes y movimientos sociales en muchos países. La esperanza no consiste en pensar que todo irá bien. Consiste en creer que nuestras decisiones importan y que todavía podemos cambiar el rumbo. Tener esperanza, en tiempos como estos, es un acto de determinación.

—E.: Desde Europa, ¿qué mirada tienes sobre América Latina, especialmente en cuanto a las desigualdades sociales y económicas, las muertes de líderes indígenas, la deforestación de la Amazonía y los efectos del cambio climático? Y, por otro lado, la mayoría de gobiernos no contemplan en su agenda política la transición ecológica.

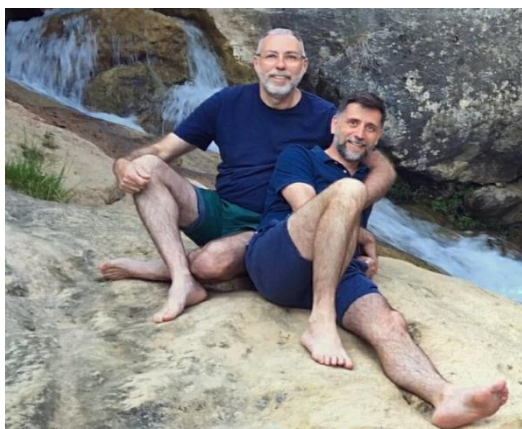
—F.C.: América Latina es una región enormemente diversa, pero hay algo que me preocupa especialmente: la combinación de desigualdad, crisis ambiental y debilitamiento de los derechos humanos. Los pueblos indígenas y quienes defienden sus territorios siguen enfrentándose a enormes riesgos. Y lo vemos con mucha claridad en la Amazonía, donde proteger el territorio significa, muchas veces, enfrentarse a intereses económicos muy poderosos.

La Amazonía no es un territorio vacío ni un recurso que podamos explotar sin límites: es hogar, identidad, cultura y una pieza fundamental para la estabilidad climática del planeta. Cuando un defensor indígena es asesinado, no estamos ante un problema local; estamos ante un ataque contra derechos fundamentales y contra quienes están protegiendo un patrimonio que pertenece a todos.

También me preocupa el avance de la extrema derecha y de discursos autoritarios en distintos países de América Latina, igual que en Europa. Cuando crecen la polarización, la xenofobia y los discursos que presentan los derechos como

privilegios, las primeras víctimas suelen ser las personas más vulnerables y también las agendas ambientales. Necesitamos gobiernos que entiendan que la transición ecológica no es un lujo ni una cuestión ideológica: es una necesidad, y además tiene que hacerse garantizando derechos y reduciendo desigualdades.

América Latina no necesita que Europa venga a explicarle cómo construir su futuro. Necesita aliados. Y Europa también tiene responsabilidades: revisar sus patrones de consumo, sus inversiones, sus cadenas de suministro y las relaciones comerciales que mantiene con la región. **La transición ecológica no puede consistir en trasladar los costes ambientales y sociales al Sur global. Necesitamos una transición justa, con responsabilidades diferenciadas y con las comunidades en el centro de las decisiones.**



—E.: **¿Oxfam qué labor efectúa en los temas de justicia de género y el respeto de los derechos de la comunidad LGBTBI+?**

—F.C.: Para Oxfam, **la justicia de género no es un área más de trabajo. Es una condición imprescindible para construir sociedades justas.** Trabajamos junto a organizaciones de mujeres y feministas para combatir las violencias, defender los derechos sexuales y reproductivos, impulsar la participación política y garantizar la autonomía económica de las mujeres. Queda muchísimo por hacer: una de cada tres mujeres en el mundo sufre violencia física o sexual, y las mujeres siguen realizando la mayor parte del trabajo de cuidados, muchas veces sin remuneración y sin reconocimiento.

Y para mí, además, es una cuestión profundamente personal. Como hombre gay, sé lo que significa crecer sintiendo que otras personas creen tener derecho a decidir quién puedes ser o cómo debes vivir. Por eso la defensa de los derechos LGBTBIQ+ forma parte también de mi compromiso personal. **No podemos aceptar sociedades en las que unos derechos dependan de quién eres, dónde has nacido o a quién amas.** Los derechos humanos solo son derechos si lo son para todas las personas, sin excepción. Y en un momento en que estamos viendo retrocesos preocupantes, necesitamos más valentía, no menos.

—E.: **Estuviste en Perú recientemente. Y, finalmente, ¿algún mensaje a EcoAgua por su primer aniversario y a los lectores de América Latina y el Caribe?**

—F.C.: Acabo de regresar de Perú, donde pude conversar con comunidades y federaciones de pescadores afectadas por el derrame de Repsol de 2022 en La Pampilla. Desde entonces, Oxfam en Perú, Oxfam Intermón y CooperAcción hemos acompañado a estas comunidades en su exigencia de justicia. Casi cinco años después, el derrame ya no ocupa titulares, pero para miles de familias el desastre sigue formando parte de su realidad. Para ellas, el mar no es simplemente un recurso económico. Es alimento, identidad, comunidad y una forma de vida. Reclaman una reparación justa que les permita recuperar sus medios de vida. Y esto plantea una cuestión fundamental: el acceso a la justicia y a la reparación no puede depender de la voluntad de una empresa; tiene que ser una obligación.

Y a EcoAgua, en este primer aniversario, lo primero que le diría es ¡Felicidades! Le diría que siga haciendo algo que necesitamos cada vez más: contar lo que está pasando y poner el conocimiento al servicio de un mundo más justo y sostenible. A los lectores de América Latina y el Caribe les diría precisamente eso: no demos por inevitable ninguna injusticia. El futuro no está escrito. Y depende, en buena medida, de lo que hagamos juntos.